

EXCELENCIA Y HONESTIDAD ANTE LA CRISIS ACTUAL DE EL SALVADOR

(Discurso del Rector de la UCA Padre Ignacio Ellacuría a los graduados de la primera promoción de 1987)

Son ustedes 219 nuevos profesionales, titulados en la UCA, con ocasión de esta primera graduación de 1987: 87 en las distintas ramas de la facultad de ciencias económicas y sociales, 70 en las de ingeniería y 62 en las de ciencias del hombre y de la naturaleza. Con los que se titularán en la segunda graduación de este mismo año de 1987, la UCA ofrecerá al país en estos doce meses cerca de 500 nuevos profesionales.

En este momento importante para ustedes y para la universidad, lo primero que corresponde es revestirse de profundos sentimientos de gratitud, que den paso a lo que es una auténtica acción de gracias. Acción de gracias, en primer lugar, a Dios nuestro señor, que en tiempos tan difíciles ha permitido y posibilitado que la universidad como un todo y los estudiantes universitarios como parte importante de ella hayan podido seguir avanzando en la implantación del Reino de Dios entre los hombres, haciendo más presente la verdad del país con la luz de la razón y de la fe, tanto en la conciencia colectiva nacional como en cada uno de ustedes, nuevos profesionales. Acción de gracias, en segundo lugar, a los nuevos graduados y a sus familias por haber puesto su confianza en esta universidad a la hora de realizar sus estudios superiores, a sabiendas de su más alta cota de exigencia académica; sin esa confianza y sin su permanente cooperación, la universidad no hubiera podido sobrevivir y crecer entre tantas dificultades. Acción de gracias también a todos los trabajadores de esta universidad -más de cuatrocientos, de los cuales 267 a tiempo completo-, cada uno de los cuales ha puesto lo mejor de sí para que pueda darse la enseñanza adecuada con las facilidades precisas y en un ambiente acogedor, que ni siquiera el terremoto del 10 de octubre pudo perturbar.

Al firmar estos 219 títulos iba pensando cuánto trabajo y sacrificio se ha necesitado para conseguirlos. Son ustedes el fruto y la concentración de un inmenso trabajo, de un continuado, complejo y multiplicado esfuerzo, que esperamos redunde en beneficio de ustedes mismos, de sus familias, pero también en beneficio del pueblo salvadoreño, gracias al cual vivimos y para el cual, sobre todo para quienes no tienen la posibilidad de gozar de nuestras oportunidades, la universidad quiere trabajar muy especialmente, sabedora de que ellos son los preferidos de Dios y consciente de que sin la satisfacción digna de sus necesidades básicas y el cumplimiento de sus derechos fundamentales no habrá paz en El Salvador y no quedarán justa y sólidamente asegurados los intereses de todos los salvadoreños.

La segunda palabra, después de la primera de gratitud, debe ser llamada a la responsabilidad. Han actuado con gran esfuerzo y responsabilidad a lo largo de sus estudios, de lo contrario no hubieran conseguido su título en esta universidad. Pero ya con el título bajo el brazo es cuando deben preguntarse muy seriamente por su nueva responsabilidad, como egresados de la UCA.



Ustedes, nuevos graduados, han tenido el privilegio de cursar y concluir sus estudios profesionales en una universidad que en su conjunto les ha ofrecido el mejor claustro profesoral del país, la mejor biblioteca universitaria, los mejores laboratorios y centro de cómputo y las mejores instalaciones. En el área centroamericana y aun en otras partes del mundo causa sorpresa que, en tiempos tan difíciles, podamos estar publicando nueve revistas, algunas de ellas de fama internacional, y un promedio anual de 12 libros nuevos en nuestra editorial. Naturalmente queda mucho por mejorar. Ustedes son los mejores testigos de nuestras deficiencias, pero son también los mejores beneficiarios de nuestras virtudes. Por eso su responsabilidad es mayor. Al que mucho ha recibido, mucho se le debe exigir.

Es posible que regresen a esta misma universidad a proseguir sus estudios de post-grado, unos estudios que merezcan ese apelativo por su calidad y no sólo porque se cursan, después de haber obtenido la licenciatura. Ya tenemos dos maestrías en la UCA, la de teología y la de administración de empresas, y es bien posible que para 1988 contemos con alguna más, probablemente en el campo de la ingeniería. Serán especialmente bienvenidos a estos nuevos estudios, si así lo deciden. Pero esto no obsta a que asuman ya la responsabilidad que les compete en esta hora tan difícil de El Salvador. Para asumir racionalmente esta responsabilidad debemos preguntarnos en qué hora estamos y cuáles son sus características.

Una serie científica de encuestas, realizada por el Instituto de opinión pública de nuestra universidad, muestra que el 76.9% de la población encuestada piensa que la situación económica de 1986 es peor que la de 1985, mientras que el 78.9% juzga que la de 1987 será todavía peor que la de 1986. Los dos problemas más graves del país, según los mismos encuestados, son la crisis económica (40%) y la falta de trabajo (28.8%). No es de extrañar pues sólo tres países de América Latina (Haití, Guyana y Honduras) tienen un PIB per capita inferior al de El Salvador (771 dólares en 1985, que con la devaluación de 1986 es posible que haya de contabilizarse para 1987 en 400 dólares). Una encuesta hecha a un centenar de bancos de todo el mundo da por resultado que entre 109 naciones, El Salvador ocupa el puesto 103 como país menos fiable para la comunidad financiera internacional, quedando por detrás de nosotros tan sólo Bolivia, Sierra Leona, Sudán, Uganda, Nicaragua y Corea del Norte (ACAN-EFE, 31 de marzo, 1987). Esto es así, no obstante la millonaria ayuda de Estados Unidos que en estos últimos seis años sobrepasa los dos mil millones de dólares y que actualmente representa unos 500 millones de dólares por año, cantidad mayor a cualquier otra dado a no importa cuál país latinoamericano. El resultado de un constante empeoramiento de la situación económica, no obstante el incremento del 1.3% de promedio anual para 1983-1985 (el promedio para el período 1962-1982 fue de 3.7% y resultó totalmente insuficiente) conlleva un constante empeoramiento de la situación social en puestos de trabajo, en salud, en educación, en vivienda, etc., hasta llegar a límites casi insostenibles para más de un sesenta por ciento de nuestro pueblo.



Por otra parte tenemos el factor importantísimo de la guerra civil. Esta guerra que se prolonga y se agrava a lo largo de estos últimos seis años y para la que los observadores más optimistas prevén una prolongación superior a otros seis años, no sólo consume una parte sustancial de nuestro presupuesto, no sólo comporta la destrucción a fondo de la infraestructura económica, no sólo dificulta la inversión y deja sin cultivar casi un tercio del terreno agrícolamente aprovechable, sino que expresa una contradicción profunda en el interior de la nación, que mientras no se resuelva, impedirá la obtención de la paz social y el desarrollo económico.

La vitalidad y la viabilidad del país quedan así ahogadas en un nudo de contradicciones. Los intereses de Estados Unidos por su seguridad entran en contradicción con los intereses de la pacificación y de la democratización de El Salvador. Los intereses del gran capital entran en contradicción con el proyecto norteamericano, en lo que tiene de reformista, y con la gestión gubernamental y por momentos coincide con los intereses del movimiento revolucionario en la misma dirección inmediata. El gobierno se debate entre su intento de resolver las exigencias de las mayorías populares, al menos de las que le llevaron al poder, y de responder a las exigencias de una guerra que imposibilita su intento fundamental. Los intereses del movimiento revolucionario chocan con los intereses norteamericanos y con los del gobierno, en cuanto éste busca consolidar un régimen que, en su formalidad democrática no da cabida segura a los alzados en armas y, sobre todo, en cuanto se convierte en una pieza fundamental, aunque cambiante, del proyecto contrainsurgente de guerra de baja intensidad. Parecería que todos los agentes políticos principales están en una lucha de todos contra todos, lo cual hace todavía más inviable el presente y el futuro de El Salvador.

Sin embargo, el proceso avanza o, por lo menos, no está quieto ni tiende a estancarse, aunque tal vez su movimiento sea más reiterativo y circular que innovativo y espiral. Hay un gran dinamismo en el país y hay en ciertos sectores una gran esperanza y un firme propósito de hacer las cosas mejor, una vez aprendidas y asimiladas las lecciones de nuestra historia más reciente. Por eso no todo está perdido y, si procedemos juiciosa y éticamente, es posible que se acorten los días de amargura y de que podamos entrar en el camino de verdaderas, justas y sólidas soluciones. A esta tarea es a la que ustedes están llamados. Esta es su mayor responsabilidad: la de introducir en el proceso social más racionalidad y bondad, mayor sabiduría y generosidad, mayor conciencia y más clara honestidad, tanto en el manejo de los asuntos privados como en el manejo de los asuntos públicos. La incompetencia y la corrupción son dos males que se han abatido sobre nuestra sociedad, sobre todo los estratos sociales y políticos. Frente a ello, la UCA ha pretendido y se ha esforzado para que ustedes sean más competentes en el trabajo que les toque desarrollar y más honestos.

Permítanme desarrollar muy brevemente estos dos puntos de la excelencia y de la honestidad.



Ustedes han adquirido una determinada competencia en los estudios universitarios, que acabande concluir. Tienen ya una cierta capacidad teórica importante, no sólo por los saberes adquiridos, sino sobre todo porque saben abarcar con amplitud y profundidad los problemas que se les puedan presentar. Necesitan progresar sea en estudios de postgrado, sea a través de su propio esfuerzo personal. Una de las necesidades graves del país es mejorar notablemente los niveles de formación en todos los campos, no excluido el universitario. Mejoren, pues, constantemente su capacidad por medio del estudio, de la reflexión, de la evaluación de experiencias, por medio del aprendizaje que da la práctica, una vez adquirida cierta preparación teórica. De ningún modo consideren que ya lo saben todo y que nada tienen que aprender; ni siquiera se comporten como quien ya sabe lo suficiente. Si cayeran en ello, no serían realmente universitarios, porque el universitario sabe siempre lo mucho que le falta para ser competente. Quien no llega a saber hoy más que ayer, ya ha quedado en peor condición, porque la realidad y su conocimiento avanzan sin cesar.

Junto a la excelencia la honestidad. Huyan de la corrupción, del dinero fácil, de la mala gestión. Con la corrupción podrán enriquecerse materialmente a la carrera, pero quedarán aniquilados moral y públicamente y contribuirán al descrédito de los profesionales y al de los políticos. ¿Qué les importa ganar todo el mundo, si pierden su alma, si se deshumanizan, si se mercantilizan, si llevan al país al caos moral? Pero la honestidad y el comportamiento ético exigen algo más que no ser corruptos. Exige una gran dedicación al trabajo sin regatear esfuerzo alguno, porque sólo un rápido crecimiento cuantitativo y cualitativo en la productividad podrá sacar al país de su crisis y postración. Exige también atender a los intereses generales y no quedarse reducido a los intereses individuales y grupales. No hay forma más torpe de mirar por sí que la forma egoísta de mirar sólo por sí, cerrando los ojos a los demás. Y no es, como algunos pretenden, la mejor forma de mirar por los demás, la de mirar cada uno por su propio interés. Si esta honestidad quiere llamarse y ser de verdad cristiana, entonces la preocupación por los demás tiene otras dos características específicas: la de hacer de ella una forma de amor y la de privilegiar en ella la suerte de los más desfavorecidos. Todo ello teniendo en cuenta que gran parte de nuestros males sociales se sintetizan en lo que los documentos de la iglesia llaman injusticia estructural y pecado social, con la consecuencia de que no puede haber anuncio creíble de la fe cristiana, si no es acompañado intrínsecamente por la promoción eficaz de la justicia.

Estén ciertos que si ustedes se esfuerzan en asumir plenamente su responsabilidad en esta doble línea de la excelencia y de la honestidad, si ustedes se hacen abanderados de la solidaridad del amor y de la justicia, la crisis agónica del país podrá ser superada. No están ustedes solos. Hay otros muchos comprometidos en esta lucha. Y estos muchos, universitarios o no, hombres del campo o de la ciudad, están dispuestos a no olvidar lo que ha pasado en estos últimos años y están dispuestos a emprender otros caminos para no venir a desembocar



..

en un lago de sangre y de miseria. Ojalá se alistén en este nuevo ejército con la esperanza puesta en que el divino Salvador del mundo nos ayudará a salvar a El Salvador. Así la felicidad que hoy tienen al haber superado una etapa difícil de su vida, se acrecentará con su contribución directa a la superación de este período, mucho más difícil y doloroso, que hoy está viviendo El Salvador. La pasión que hoy sufre el pueblo salvadoreño terminará antes o después con la ayuda de Dios en una espléndida resurrección. Contribuyamos todos a ello.

4 de marzo de 1987.  
c/rmg.

